

altas funciones y la inmensa influencia política que ellas le daban. Su conducta respecto al elector de Baviera prueba que era implacable en su ódio é insaciable en su venganza; pero nada nos autoriza á considerarlo como si legalmente hubiera sido reconocido culpable de alta traicion. Si exaltado por una condenacion inmerecida concluyó por ser realmente culpable, no por eso dejó de ser injusta esta condenacion en el momento en que se pronunció, y se puede decir que Wallenstein cayó porque fué rebelde, pero que fué rebelde porque no queria caer. Por último, fué una desgracia para él haberse atraído durante su vida la enemistad de un partido victorioso, pero esta desgracia fué mayor despues de su muerte, porque este partido le sobrevivió y escribió su historia.

LIBRO QUINTO.

Despues de la muerte de Wallenstein, era indispensable nombrar un nuevo generalísimo, y el emperador confió esta dignidad á su hijo Fernando, rey de Hungría; pero el conde Gallas, encargado del mando como segundo en gefe, ejercia realmente las altas funciones de aquella dignidad sin que el príncipe tuviese mas que el título. Fuerzas imponentes no tardaron en reunirse bajo las banderas del Austria; el duque de Lorena llevó un ejército que mandaba en persona, y el cardenal infante llegó de Italia con un cuerpo de diez y seis mil hombres. Con estas tropas reunidas el generalísimo se lisonjeó de poder expulsar á los suecos de las orillas del Rin y del Danubio y comenzó sus operaciones por el sitio de Ratisbona que inútilmente se habia pedido á Wallenstein que emprendiese. Para obligar al enemigo á levantar el sitio, el duque Bernardo se adelantó hasta el centro de la Baviera: el rey de Hungría persistió en su empresa, y despues de una

valiente y prolongada resistencia, la ciudad imperial le abrió al fin sus puertas. En breve Donawerth sufrió la misma suerte, y Nordlingen, una de las principales fortalezas de la Suabia, se vió condenada á su vez á las calamidades de un sitio. La cooperacion de las ciudades libres del imperio, que tan poderosamente habian contribuido á los triunfos de los suecos en Alemania, les era mas que nunca indispensable, y su propio interes les prescribia el deber de socorrerlas aun cuando no hubieran temido exponerse á los vergonzosos reproches de abandonar á sus aliados en el momento del peligro y entregarles, por decirlo así, á la venganza de un vencedor irreconciliable.

Estas consideraciones decidieron al duque Bernardo á llamar al general Horn en su ayuda y marchar con él para salvar á Nordlingen, resuelto para conseguirlo á dar una batalla si era preciso. Nada, sin embargo, justificaba esta resolucion, las fuerzas imperiales eran muy superiores á las de la Suecia, pero estaban próximas al momento de dividirse en diferentes puntos; y la prudencia aconsejaba á los suecos esperar, para comenzar el ataque, á que se verificase esta division y entre tanto tomar posiciones propias para poner á Nordlingen á cubierto de toda tentativa séria de parte de los sitiadores. El general Horn hizo valer todas estas razones en el consejo de guerra convocado por el duque Bernardo de Weimar para deliberar acerca de las medidas que convenia tomar en aquellas circunstancias. Desgraciadamente los brillantes y continuados triunfos habian acostumbrado á los generales suecos á confundir los consejos de la prudencia con las inspiraciones del miedo: el duque Bernardo especialmente se encontraba bajo el imperio de esta ilusion peligrosa, y el general Horn se vió obligado á consentir en dar una

batalla cuyo funesto resultado presentia. El éxito del combate dependia de la ocupacion de una altura que dominaba al campo imperial; los suecos procuraron apoderarse de ella durante la noche, pero las dificultades que experimentaron para hacer pasar la artillería al traves de caminos cortados y de bosques sin veredas, retardó la marcha del ejército.

Cuando cerca de media noche llegaron á aquel punto importante, estaba ya en poder del enemigo, quien se habia atrincherado perfectamente en él, por lo que fué preciso decidirse á tomarlo por asalto. Al rayar el dia se dió la señal del ataque; los suecos se abrieron valientemente un camino al traves de los peligros y de los obstáculos, pero al salvar por los dos lados al mismo tiempo las medias lunas y los reductos imperiales, se encontraron las brigadas suecas y se confundieron. La explosion inesperada de un barril de pólvora, aumentó el desórden; y la caballería enemiga se aprovechó de este momento para penetrar en las filas abiertas de los suecos, á quienes esta maniobra puso en derrota. El asalto se renovó con nuevos batallones, pero su valor se estrelló contra el heroismo de los regimientos españoles que habian acudido en auxilio de los imperiales. Un regimiento del duque Bernardo volvió siete veces á la carga y siete veces fué rechazado sin haber podido ganar una sola pulgada de terreno. Los suecos no tardaron en comprender cuán desgraciados habian sido en no haberse podido apoderar de aquel puesto; el fuego de los cañones que el enemigo habia establecido allí, forzó el ala izquierda, mandada por el general Horn, á replegarse, y el duque Bernardo que hubiera podido proteger esta retirada conteniendo al enemigo, se vió á su vez rechazado en la llanura, donde la caballería envolvió en su fuga á las tropas del general Horn é hizo la der-

rota general. Casi toda la infantería pereció en este desastre, que costó á los suecos doce mil muertos, ochenta cañones, cuatro mil carros y trescientas banderas ó estandartes. Horn y otros tres generales fueron hechos prisioneros y el duque Bernardo salvó con dificultad algunos restos de su ejército, que no logró reunir sino en Francfort.

La derrota de Nordlingen fué tanto mas funesta á los suecos, cuanto que les hizo perder la confianza que tenían en ellos sus aliados y que no debían mas que al constante éxito que habían tenido en los combates. Un terror pánico se apoderó del partido protestante, y el partido católico se levantó de su caída profunda mas cruel y mas atrevido que nunca. La Suabia y el Wurtemberg fueron los primeros que resintieron los funestos efectos de la batalla de Nordlingen: el ejército victorioso invadió y saqueó estos dos Estados y se extendió lo mas léjos que pudo. Todo temblaba, todo huía delante de él, pidiendo asilo y proteccion á la ciudad de Estrasburgo; pero esta ciudad libre del imperio esperaba ella misma con terror la suerte que le preparaban los vencedores.

Con una poca de moderacion y de clemencia, hubiera sido fácil al emperador el volver á unir todos los príncipes protestantes á su causa; pero la dureza que desplegó, aun con aquellos que se sometían sin resistencia, redujo á todo el partido protestante á la desesperacion, y le probó que no le quedaba otra vía de salvacion mas que la de un combate á muerte. En esta cruel extremidad, los príncipes protestantes solicitaron los consejos y el apoyo del canciller Oxenstiern, y el canciller Oxenstiern les pidió socorros y nuevos sacrificios. El ejército estaba destruido ó disperso, y faltaban fondos no solamente para organizar uno nuevo, sino para pagar al antiguo los sueldos que se le debían. El canciller se dirigió

al elector de Sajonia y supo que este príncipe se disponía á firmar un tratado de paz con el emperador, pidió subsidios á los diputados de la baja Sajonia, y estos diputados cansados de la carga que soportaban hacia tanto tiempo, rehusaron todo socorro, declarando que en lo de adelante no se ocuparían mas que de los intereses de sus provincias; y el duque Jorge de Luneburg, á quien habían mandado que marchase en auxilio de la alta Alemania, puso sitio á Minden, con el proyecto notorio de conquistarla en su provecho particular. Abandonado de esta suerte por todos sus aliados en Alemania, Oxenstiern pidió subsidios á la Inglaterra, á la Holanda y á Viena, y estrechado por la urgencia de sus necesidades, se decidió al fin á arrojarle en brazos de la Francia, partido extremo, ante el cual siempre había retrocedido. Hacia ya mucho tiempo que Richelieu preveía y esperaba este acontecimiento. Solo una necesidad imperiosa podía decidir á los miembros protestantes de la Dieta germánica á secundar las miras del gabinete frances respecto de la Alsacia; esta necesidad acababa de presentarse; la Francia iba á tomar desde entónces una parte activa en la guerra de Alemania, y Richelieu apareció con pompa y grandeza sobre este nuevo teatro político.

Ya Oxenstiern, que nunca se había mostrado avaro de las posesiones alemanas, le había cedido á Philipsburg y otras varias fortalezas importantes, y los príncipes protestantes, aumentando estas concesiones, enviaron á aquel ministro una embajada con orden de poner la Alsacia y todas las plazas fuertes del alto rio bajo la proteccion francesa. Y seguramente que ninguno de estos príncipes ha podido equivocarse acerca del verdadero sentido de estas palabras: «proteccion francesa,» porque está suficientemente explicado con el ejemplo de los obispados de Metz, Tulle y Verdun, á los que

hacia mas de un siglo «protegia» la Francia aun contra sus soberanos legítimos. El territorio de Treveris estaba ya ocupado por las tropas francesas; se podia considerar la conquista de la Lorena como un hecho consumado puesto que no se trataba mas que de entrar y tomar posesion de ella, y segun la nueva marcha de los acontecimientos, la Francia seria muy pronto dueña de la Alsacia y avanzaria sus fronteras del lado de la Alemania hasta las orillas del Rhin; y este desmembramiento vergonzoso del imperio germánico fué la obra de los soberanos de este mismo imperio, á quienes el miedo hizo traficar cobardemente con una potencia que, bajo la máscara de la amistad y con el título de protectora, no pensaba mas que en aprovecharse de las calamidades generales para ensanchar sus Estados de por sí ya bastante ricos y extensos. En cambio de los sacrificios que acababan de hacerle, Richelieu se obligó á situar en las orillas del Rhin un ejército de doce mil hombres que en el caso de un rompimiento con el emperador, se uniria á los suecos y á los alemanes para marchar contra el Austria. De pronto prometió facilitar el triunfo de las armas protestantes, ocupando al ejército español bajo un pretexto que haria nacer y que la casualidad no tardó en proporcionarle.

Los españoles acababan de sorprender á Treveris, donde habian pasardo á cuchillo á la guarnicion francesa, y contra el derecho de gentes habian hecho prisionero al elector y lo detenian en Flandes, á pesar de las reclamaciones de este príncipe que estaba bajo la salvaguardia de la Francia. Despues de haber pedido inútilmente una satisfaccion al cardenal infante, gobernador del Brabante español, Richelieu, segun el uso de aquel tiempo, le declaró solemnemente la guerra por medio de un heraldo de armas que á este efecto se

dirigió á Bruselas. Poco despues, tres ejércitos franceses sostuvieron esta declaracion, el uno en el Milanesado, el otro en la Valtelina y el tercero en Flandes. La guerra contra el emperador, que ofrecia mas peligros que provecho, no era muy del agrado del gabinete frances, así es que solo despues de muchas manifestaciones se decidió al fin á enviar á las orillas del Rhin al cardenal de la Valette con un ejército que se unió al del duque Bernardo para atacar á los imperiales, pero sin prévia declaracion de guerra.

El elector de Sajonia, que hacia ya mucho tiempo estaba celoso de la influencia sueca en Alemania, y cansado de los pedidos de dinero y hombres que Oxenstiern se veia sin cesar precisado á hacerle, cedió al fin á las intrigas de la España y á las brillantes promesas del Austria.

El tratado de paz particular con el emperador, que firmó en Pirna en 1634, dió á la causa protestante un golpe mas terrible aún que el que habia sufrido con la derrota de Nordlingen; porque en este tratado sacrificaba la causa de la reforma á sus intereses personales y á la tranquilidad de sus Estados. Por otra parte, la situacion de la Alemania era tan cruel, que cada dia se elevaban al cielo millares de voces para pedir la paz, la cual aun bajo las condiciones mas duras, les habria parecido un beneficio. Las comarcas donde en otro tiempo se agitaban poblaciones numerosas, no eran ya mas que un árido desierto, y si algunas veces, en medio de aquel triste cuadro, aparecia una verde pradera ó una dorada cosecha, el paso repentino de una tropa amiga ó enemiga destruia en pocos instantes el fruto de un año de trabajo y la última esperanza de un pueblo hambriento. Por todas partes descubria la mirada, como otros tantos testimonios de las calamidades públicas, castillos arruinados, aldeas reducidas á

cenizas, cuyos habitantes privados de toda clase de recursos, iban á engrosar las filas de los autores de sus males y á su turno hacian sufrir á sus conciudadanos, bastante dichosos todavía por haber conservado un asilo, todos los malos tratamientos de que ellos mismos habian sido víctimas. Porque en efecto, no habia entonces otro medio posible para escapar á la opresion que el de convertirse en opresor. Las ciudades gemian bajo el yugo de hierro de las guarniciones, las que se creian con el derecho de disponer de la libertad, del honor y de la vida de los ciudadanos. Si el tránsito de los ejércitos, los cuarteles de invierno y las contribuciones de guerra devastaban y empobrecian los campos, el trabajo y la fertilidad del terreno podian reparar estos desastres: pero no quedaba ninguna esperanza á los habitantes de las ciudades, cuyos muros servian de refugio á guarniciones permanentes. Para ellos una victoria era funesta como una derrota, porque el vencedor venia á ocupar la plaza del vencido y frecuentemente los amigos eran tan feroces y siempre tan exigentes como los enemigos. El abandono del cultivo de los campos y la destruccion de las cosechas habian hecho subir los productos de la tierra á precios exorbitantes, y la falta de víveres engendró enfermedades contagiosas que arrebatában mas víctimas que el hierro y el fuego de los combatientes. En medio de los infortunios públicos y de los sufrimientos individuales, todos los lazos de la vida social se habian relajado. La obediencia á las leyes, la moral, la buena fé, la humanidad y la confianza en la palabra dada ó recibida, habian sido reemplazadas por el derecho del mas fuerte; los vicios y los crímenes se desarrollaban á la sombra de la desgracia y crecian bajo la égide de la anarquía, en una palabra, los pueblos se habian vuelto incultos y salvajes como su país.

Para pintar con un solo trazo todas las miserias de aquella época, basta decir que el soldado reinaba como señor, el soldado cuyo despotismo sobrepuja en brutalidad y en exigencias á todos los despotismos posibles.

El comandante de un pequeño cuerpo de ejército se creia superior al soberano cuyo país ocupaba, y lo era en efecto por el poder y por la fuerza: y la Alemania entera se encontraba á merced de estos pequeños tiranos que esparcian el terror lo mismo en las provincias que defendian como en las que atacaban. Pero lo que necesariamente debia poner el colmo á tantos males, era el estar obligado á reconocer que no se soportaban sino para satisfacer la codicia de las cortes extranjeras. La Suecia protegía la Alemania solo para consolidar su gloria particular y aumentar su poder, y para engrandecer á la Francia era por lo que Richelieu atizaba el fuego de la discordia en el imperio germánico. El interes personal impulsaba á estos dos gabinetes y á muchos príncipes alemanes á desechar la paz; pero podian, á lo ménos en apariencia, justificar esta conducta atribuyéndola á una política sábia y prudente.

Después de la derrota de Nordlingen, era imposible esperar una paz equitativa, y después de diez y siete años de luchas y de sacrificios, ¿habian de renunciar no solamente á todas las ventajas compradas á tan caro precio, sino también á aquellas de que gozaban antes de comenzar la guerra? ¿No era mas racional sufrir todavía algun tiempo para no haber sufrido durante tantos años inútilmente? En efecto, se podia conseguir sin duda alguna una paz ventajosa en el momento en que los príncipes protestantes y los suecos obrasen lealmente en el gabinete, como sobre el campo de batalla; la division que reinaba entre ellos era lo que constituía la fuer-

za del enemigo, esta division era para ellos la mayor de las desgracias y el elector de Sajonia la habia hecho mas solemne y mas auténtica tratando separadamente con Fernando. Presintiendo los reproches que su partido no dejaria de hacerle, este príncipe creyó prevenirlos convocando á todos los soberanos del imperio y á la misma Suecia á un congreso que se reuniria en Praga para arreglar en comun las cláusulas de la paz entre el Austria y la Sajonia, y á la que se invitaba á la Alemania entera á tomar parte. Este congreso tuvo lugar en el mes de Mayo de 1635. Los derechos y las peticiones de los Estados protestantes se sujetaron á deliberacion; pero Fernando y Juan Jorge que se habían arrogado el derecho de juzgar de ellas en última apelacion, decidieron estos graves intereses segun sus miras personales, y aun la misma cuestion religiosa quedó resuelta sin la participacion de los representantes de la reforma. Queriendo hacer de esta paz una ley del imperio, fué proclamada como si en efecto lo fuese, y un ejército imperial se dispuso á hacerlo ejecutar, privilegio que las constituciones del imperio no concedian mas que á las decisiones de una dieta regular. Y como si lo arbitrario de esta medida no fuese todavía bastante escandaloso, se le puso el colmo declarando que todo príncipe aleman que rehusase someterse á ella seria declarado enemigo de la patria. Esta cláusula destruía con un solo rasgo el mas sagrado de los derechos de los miembros de la Dieta, puesto que los obligaba á obedecer á una ley á cuya redaccion no habían contribuido. La paz de Praga fué por lo mismo en la forma y en el fondo una obra del capricho del emperador, y no un tratado legal. El «Edicto de restitucion» habia sido la causa del rompimiento entre la Sajonia y el emperador; para que hubiera una reconciliacion, era preciso anularlo ó por lo mé-

nos modificarlo. El tratado de paz arregló este punto delicado decidiendo que todos los bienes inmediatos de la Iglesia católica y entre los bienes mediatos aquellos de que se habían apoderado los protestantes ántes del tratado de Passau, permanecerian todavía cuarenta años en el estado en que se encontraban cuando la promulgacion de este edicto, pero sin que por esto pudieran sus poseedores votar en la Dieta, derecho que era inherente á estos bienes. Al espirar el término fijado, una comision compuesta de un número igual de representantes de las dos Iglesias, debia juzgar segun su conciencia acerca de los intereses comunes, y en el caso en que esta comision no pudiese pronunciar una sentencia definitiva, cada partido volveria á entrar en los derechos de que gozaba ántes del «Edicto de restitucion».

En vez de ahogar el gérmen de las discordias civiles y religiosas, esta cláusula no parecia quererlas reprimir durante un cierto número de años, sino para darles mas fuerza y energía; así es que el tratado de Praga que debia pacificar la Alemania, no hizo mas que preparar los elementos de una nueva guerra.

Este mismo tratado conservó al príncipe Augusto de Sajonia el arzobispado de Magdeburgo, del que se separó una parte en provecho del elector. A Cristiano Guillermo de Brandeburgo, administrador de este arzobispado, se le indemnizó de otro modo por la pérdida de su dignidad; el obispado de Halberstad permaneció en poder del archiduque Leopoldo Guillermo; los duques de Mecklenburgo, si consentian en esta paz, debian volver á sus Estados, aunque hacia ya mucho tiempo estaban en posesion de ellos por habérseles devuelto Gustavo-Adolfo, y por último, Donawert volvia á ser ciudad imperial con todas las franquicias anexas á este título. El

elector de Sajonia ni siquiera tocó la importante cuestion concerniente á los herederos del palatino Federico V, por la muy cristiana razon de que un príncipe luterano no tenia la obligacion de ser justo con un príncipe calvinista. Los soberanos protestantes, la «Liga» y el emperador se obligaron á devolverse mutuamente las provincias de que se habian apoderado durante la guerra, y á obrar de un comun acuerdo para obtener una restitucion semejante de parte de la Suecia y de la Francia. Las tropas de las partes contratantes no debian formar mas que un solo ejército, sostenido á espensas del imperio y el que quedaria encargado de velar por el mantenimiento de la paz y por la exacta observancia de todas estas cláusulas. El tratado de Praga debia ser considerado como una ley del imperio; los puntos que no concernian inmediatamente á los intereses de este imperio, se arreglaron por un tratado especial, en virtud del cual se cedió á la Sajonia la Lusacia á título de feudo de la Bohemia. La paz de Praga, concedia al mismo tiempo una amnistia que se llamó general y que sin embargo exceptuó á los súbditos directos del Austria que habian tomado las armas contra su soberano, á los miembros del consejo de la alta Alemania, presidido por Oxenstiern, y á los duques de Wurtemberg y de Baden, cuyos Estados se ocuparon, no porque se quisiese continuar la guerra, sino para obligarlos á comprar la paz con condiciones mas duras que las que se les habian impuesto á los otros soberanos de Alemania.

Si esta paz, dictada por la codicia, el fanatismo y el espíritu de venganza, se hubiera basado en sentimientos de justicia y equidad, habria podido restablecer la confianza y la buena armonia entre el gefe y los miembros del imperio, entre los católicos y los protestantes, los luteranos y los cal-

vinistas, y los suecos, abandonados por sus aliados, se habrian visto forzados á dejar sus conquistas de Alemania y á volver á su país. Si lograron mantener su crédito y comenzar de nuevo las hostilidades, fué porque esta paz en vez de reconciliar los partidos, no sirvió mas que para aumentar su ódio y su descontento. Los protestantes se quejaban de haber sido sacrificados por los católicos, y estos sostenian que los hereges habian sido favorecidos en su detrimento y que se habian traicionado los intereses de la verdadera Iglesia concediendo todavía por cuarenta años el goce de los bienes eclesiásticos á los que los habian usurpado. La Iglesia se creia igualmente traicionada porque no se habia permitido la libertad de cultos en los Estados hereditarios del Austria.

En cuanto al elector, habia llegado á ser el objeto de un ódio especial; en los escritos, así como en los discursos públicos, se le llamaba en alta voz tráfuga, traidor, y se le acusaba de haber vendido cobardemente al emperador, su religion y las libertades del imperio. Este príncipe, sin embargo, se creyó con derecho á despreciar orgullosamente estas acusaciones apasionadas, porque casi todos los que se las habian permitido se vieron obligados sucesivamente á aceptar la paz de que él era el principal autor. El landgrave de Hesse Cassel se resistia á aceptarla porque no queria devolver sin una compensacion las hermosas provincias que habia conquistado, y procuraba ganar tiempo á fin de tomar consejo de los acontecimientos.

El duque Bernardo de Weimar, cuyos Estados no existian mas que sobre el papel, y que por consiguiente no podia ser colocado entre los soberanos interesados en el mantenimiento de la guerra ó de la paz, no por esto era un personaje ménos importante como gefe de los ejércitos del partido

protestante. Sin otra fortuna mas que su valor y sus talentos militares, su espada era la única llave de las provincias que le habia dado Oxenstiern, dejándole sin embargo el cuidado de conquistarlas. Solo la guerra podia conservarle su crédito y realizar sus esperanzas, así que desechó desdeñosamente todas las cláusulas de la paz de Praga. Pero de todas las reclamaciones que se levantaron contra esta paz, las de los suecos eran las mas violentas y preciso es convenir tambien en que eran las mas justas. Atraídos al territorio aleman por las súplicas de los príncipes protestantes, habian defendido la religion y los derechos de estos príncipes, á costa de su sangre y de los dias sagrados de su rey. ¿Podian ver sin indignacion que repentinamente se les quisiese entregar á la venganza, y lo que era todavía peor, al escarnio del enemigo á quien tantas veces habian vencido? Ninguna indemnizacion, ninguna recompensa se habia estipulado para ellos en el tratado de Praga, limitándose á despedirlos sin consideracion alguna por los buenos y leales servicios que habian prestado: y si rehusaban someterse á aquella sentencia inicua, los príncipes que en otro tiempo habian tendido hácia ellos sus manos suplicantes para pedirles socorro y proteccion, debian armarse para expulsarlos vergonzosamente de los países á donde los habian llamado. El mismo elector de Sajonia pareció comprender esta injusticia, porque se habia obligado á conseguir que se les diera una indemnizacion de dos millones y medio de florines. Las sumas que habia prestado la Suecia para sostener esta guerra, eran superiores á esta cifra, y el canciller Oxenstiern rechazó con indignacion un ofrecimiento que heria á los intereses materiales y al honor de su nacion.

«La Baviera y la Sajonia, respondió, se han hecho pagar

«con ricas provincias unos servicios que, el emperador como «su soberano feudal, tenia derecho á exigirles, y á nosotros «los suecos, que nada debemos á estos príncipes del imperio, «y que hemos pagado con la vida de nuestro rey la protec- «cion que humildemente nos han pedido, se nos quiere des- «pedir con una miserable indemnizacion de dos millones de «florines.»

Su cólera fué tanto mas grande, cuanto que la Pomerania, con cuya posesion habia siempre contado para su gobierno, se habia cedido al elector de Brandeburgo por el tratado de Praga. Por otra parte, la situacion de los suecos en Alemania nunca habia sido tan crítica como despues de este tratado. La mayor parte de sus aliados los habian abandonado, dominados por la necesidad de reposo y por el miedo que les infundian las amenazas del emperador. Augsburgo, vencida por el hambre, acababa de aceptar una capitulacion humillante; Wurzburg, Coburgo y casi toda la alta Alemania habian vuelto al dominio del emperador; Sajonia reclamaba la evacuacion de la Turingia, de Halberstadt y de Magdeburgo; Philipsburgo, en donde los franceses habian puesto su plaza de armas, habia caido en poder de los austriacos con todas las municiones que estaban acopiadas en ella, y esta pérdida considerable habia resfriado el celo de Richelieu por la guerra de Alemania. Ademas, la tregua con la Polonia estaba á punto de terminar, y la Suecia no podia lisonjearse de luchar al mismo tiempo contra la Polonia y la Alemania; era preciso elegir entre estos dos enemigos, y el orgullo nacional votó por la continuacion de la guerra con la última, abrigando la esperanza de que le seria fácil obligar á la primera á continuar la tregua.

La constancia, la inflexible firmeza y el génio fecundo en

recursos del célebre Oxenstiern hicieron frente á tantos peligros, á tantas calamidades que á la vez se habían conjurado contra la Suecia. Este grande hombre de Estado comprendió que si el abandono de sus aliados hacia que disminuyesen sus tropas, tambien le permitia por esta misma conducta el tratarles sin consideracion alguna, y que con el número de sus enemigos aumentaban las provincias con cuyos recursos podia alimentar y pagar á su ejército. El deplorable tratado de Praga podia, por otra parte, servirle de excusa en todas las eventualidades posibles, porque habia reducido á los suecos á una posicion peor que aquella en la que los hubiera puesto la pérdida de veinte batallas, y si por último era absolutamente necesario salir de la Alemania, valia mas que los obligaran por la fuerza, que el resignarse cobardemente á esta humillacion. En esta cruel extremidad volvió sus miradas hácia la Francia, la que se le anticipó por medio de ofrecimientos ventajosos. El interes de los dos gabinetes estaba tan estrechamente ligado, que Richelieu no podia dejar que se destruyese la autoridad de la Suecia en Alemania, sin perjudicar á los proyectos de engrandecimiento de su gobierno.

Desde el tratado de Beerwalle, firmado en 1632, el gabinete frances se habia servido de las armas de Gustavo-Adolfo para humillar á la casa de Austria, su antigua irreconciliable enemiga. Espantada al ver la rápida fortuna del héroe del Norte, habia olvidado por un momento el objeto constante de su política para velar por el mantenimiento del equilibrio turbado por el poder demasiado grande de los suecos. Pero la muerte del rey, y sobre todo el abandono de una parte de sus aliados, habia disipado la envidia y los temores de Richelieu. Así es que de repente, y en el momento en que cansada la Alemania pidió la paz, se le vió entrar á la liza y lanzar

un desafio cuya audacia llenó á la Europa entera de sorpresa y de entupor. Seis ejércitos franceses aparecieron en diferentes puntos, dos flotas surcaron los mares y con el dinero de la Francia pudieron los suecos y los príncipes protestantes pagar á sus tropas. Un agente frances, el conde de Avaux, negoció una nueva tregua entre la Suecia y la Polonia y logró hacer firmar á estas dos naciones una suspension de armas por veinte y seis años. Este tratado, que se celebró en Stummsdorf, en Prusia, quitó á los suecos de una plumada toda la Polonia prusiana, cuya conquista habia costado tan caro á Gustavo-Adolfo; pero en cambio les valió la ventaja superior para ellos á todas las demas, de poder continuar la campaña en Alemania. La declaracion de guerra que Richelieu acababa de hacer á la España, impedía á esta potencia el sostener al Austria, y por último, para poner al partido sueco y protestante en estado de aumentar sus conquistas en las márgenes del Danubio y del Elba, é impedir al emperador el defender las orillas del Rhin, se enviaron tropas francesas en socorro del landgrave de Hesse Cassel, y del duque Bernardo de Weimar.

Si el primer resultado de la paz de Praga fué intimidar y encadenar á la mayor parte de los adversarios del emperador en el interior, reanimó los ódios y la actividad de sus enemigos exteriores. Convertido otra vez en señor del imperio, aunque por medios ilegales, Fernando II se aprovechó de su vuelta al poder supremo para asegurar á su hijo la sucesion á la corona imperial; pero la alegría que le causó este triunfo se desvaneció bien pronto á la vista de los peligros de que estaba amenazado por la Suecia y por la Francia, tan estrechamente unidas con los pocos aliados que les habian permanecido fieles, que no parecian formar mas que una sola

potencia. Los suecos, sobre todo, se sentian mas libres y mas fuertes que nunca; la ingratitud de los alemanes los dispensaba de combatir por los intereses de la Alemania, para no ocuparse mas que de los de su propio país. Libertados de la penosa necesidad de consultar sin cesar á sus aliados, podian al fin obrar con atrevimiento y prontitud, por lo mismo los veremos muy pronto dar batallas sangrientas, pero ménos decisivas, y excitar nuestra admiracion con rasgos de heroismo y pruebas de géneo; y sin embargo, todas estas grandes y bellas acciones quedarán reducidas á las mezquinas proporciones de las virtudes individuales; formarán la gloria de algunos hombres, sin apresurar la conclusion de la guerra, porque les faltará á estas grandes y bellas acciones un gefe para dirigitas á un objeto de utilidad general.

La Sajonia se habia obligado en el tratado de Praga á expulsar á los suecos de la Alemania. Para cumplir este compromiso se vió obligado á dar á la Europa el espectáculo poco edificante de un aliado infiel que, sin otro motivo que el de su interes personal, toma las armas contra una potencia amiga que la habia salvado dos veces de una ruina cierta.

El arzobispado de Magdeburgo concedido á un príncipe sajón por el tratado de Praga y que se encontraba todavía ocupado por los suecos, fué el pretexto para comenzar las hostilidades. Juan Jorge principió llamando á todos los soldados y oficiales que se encontraban todavía al servicio de la Suecia, en el cuerpo del general Banner que estaba estacionado en el Elba.

La prontitud con que fué obedecido, y sobre todo la marcha de varios regimientos hacia Mecklemburgo, donde pusieron sitio á Doemnitz, cuya pérdida debia privar á los suecos de toda comunicacion con la Pomerania y el Báltico, los hizo

dejar su posicion en el Elba para ir á socorrer á esta ciudad. Banner no solamente salvó á la ciudad, sino que obtuvo una victoria completa sobre el general sajón Bandissen, cuyo cuerpo de ejército ascendia á siete mil hombres; cerca de mil quedaron sobre el campo de batalla y un número mucho mayor fué hecho prisionero. Al año siguiente, 1636, la artillería y las tropas suecas que estaban ocupadas en la Polonia prusiana, y que el tratado de Stummsdorf hacia inútiles en aquel punto, fueron á unirse al cuerpo de ejército de Banner. Este valiente general se aprovechó en el acto de este refuerzo para invadir la Sajonia, y sin oír mas que la necesidad de la venganza hizo expiar á los desgraciados sajones la traicion de su amo. Ocupados en las orillas del Rhin y en Westfalia por el duque Bernardo y el landgrave de Hesse Cassel, los imperiales no pudieron auxiliar á su aliado, y la Sajonia fué devastada por un ejército furioso, en el que cada soldado se hacia una gloria de vengar el insulto hecho á su bandera por la cobarde perfidia del elector. Los suecos no habian tenido todavía el tiempo suficiente para olvidar que habian combatido en defensa de los sajones, y la experiencia probó de nuevo que de todos los ódios el que reemplaza á una antigua amistad es el mas irreconciliable.

El general austriaco de Hatzfeld vino al fin á incorporarse al elector, y los dos ejércitos reunidos se adelantaron hasta situarse bajo los muros de Magdeburgo, cuyo sitio el general Banner que los seguia, procuró en vano hacerles levantar. Despues de esta ventaja, los sajones y los imperiales invadieron la marca de Brandeburgo, quitaron á los suecos algunas ciudades importantes, y se disponian á rechazarlos hasta las orillas del Báltico, cuando repentinamente el general Banner, á quien creian perdido sin remedio, los

sorprendió cerca de Wittstock, el 24 de Setiembre de 1636. El enemigo opuso una resistencia terrible, y dirigió todas sus fuerzas contra el ala derecha de los suecos, que Banner mandaba en persona. La lucha en este punto fué larga y encarnizada, mas de diez veces cada escuadron sueco volvió á la carga y Banner al fin se vió precisado á continuar la batalla con el ala izquierda de su ejército, hasta que oscureció. El cuerpo de reserva, que no habia combatido todavía, debia renovar el ataque al dia siguiente, pero el elector no quiso esperarlo. El primer dia habia agotado las fuerzas de sus tropas, y los soldados de los trenes habian huido con los caballos imposibilitando el servicio de la artillería. Esta circunstancia lo decidió, así como al general Hatzfeld, á aprovecharse de las tinieblas de la noche para operar su retirada.

Mas de cinco mil sajones y austriacos habian quedado en el campo de batalla, sin contar los que fueron muertos durante la fuga, tanto por los suecos, como por los aldeanos, que se habian convertido en enemigos encarnizados á causa de los excesos que aquellos habian cometido. Des mil prisioneros, ciento cincuenta banderas y estandartes, veintitres cañones, todas las municiones y los bagajes del ejército, sin exceptuar los efectos personales y la vajilla del elector, cayeron en poder de los suecos. Esta brillante victoria, conseguida sobre un enemigo muy superior en número, restableció de un golpe la reputacion de los héroes del Norte; sus enemigos temblaron, sus amigos recobraron el valor, y Banner, aprovechándose de este repentino cambio de la fortuna, persiguió á los imperiales á través de la Turingia y del país de Hesse hasta la Westfalia, despues volvió sobre sus pasos y estableció sus cuarteles de invierno en el territorio sajón.

Al hacer justicia al mérito y al valor de Banner, nos ve-

mos precisados á convenir que debia una parte de sus brillantes triunfos á las acertadas disposiciones de los franceses, y sobre todo á las del duque Bernardo de Weimar en las orillas del Rhin. Inmediatamente despues de la derrota de Nordlingen, el intrépido Bernardo habia logrado reunir los restos de su ejército en la Weteran; pero abandonado por los alemanes y por los mismos suecos le fué imposible acometer empresa alguna de importancia. La paz de Praga le habia arrebatado no solamente el ducado de Franconia, del que todavía no habia disfrutado mas que en esperanzas, sino tambien el medio de conquistar este ducado ú otra parte cualquiera de Alemania sin la proteccion sueca, proteccion que el tono imperioso de Oxenstiern le habia hecho odiosa. Solo la Francia podia auxiliarlo, reclamó su ayuda, y la obtuvo sin dificultad.

Hacia ya mucho tiempo que Richelieu procuraba disminuir la influencia sueca en la guerra de Alemania que él queria dirigir, pero bajo otro nombre que no fuese el suyo, y el duque Bernardo le pareció mas á propósito que cualquier otro para conseguir este objeto: pero reducido á la necesidad de arrojarle en sus brazos sin ninguna condicion, no podia nunca elevarse tanto que llegase á ser independiente. Demasiado prudente para ligarse por medio de negociaciones escritas, lo invitó á ir á verlo y el duque en efecto se dirigió á San German en Laye, donde en el mes de Octubre de 1635 firmó, no como general-sueco, sino en su propio nombre, un tratado por el cual la Francia se obligaba á pagarle una pension de un millon quinientas mil libras para sus necesidades personales, y cuatro millones de libras para el sostenimiento del ejército que debia mandar bajo la direccion del gabinete frances. Para instigarlo á apresurar la conquista de la Alsa-